

El sujeto en el feminismo

Lima Costa, Claudia de

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Lima Costa, C. d. (1998). El sujeto en el feminismo. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 43(174), 83-114. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1998.174.49130>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

El sujeto en el feminismo

CLAUDIA DE LIMA COSTA

Resumen

En este artículo, la autora recorre el estado disciplinario de algunos aspectos del feminismo y sostiene un diálogo-réplica con respecto a diversas posturas teórico-definitorias sobre la esencia del mismo, con el fin de redefinir la categoría "mujer", que de mero símbolo textual o discursivo pase a describir la realidad de su esencia y ser. Así, el artículo va desglosando las diversas opiniones que distintas corrientes de pensamiento han sustentado con respecto a la construcción —o deconstrucción— discursiva del sujeto femenino. La autora propugna por la unidad y pleno significado de éste, así como por una política más coherente que permita erigir teórica y prácticamente la identidad de lo femenino y de la mujer.

Abstract

In the article, the author reviews the disciplinary status of some aspects of feminism and holds a dialog-retort in relation to various theoretical-defining standpoints regarding the redefinition of the category "women", which from being a mere textual or discursive symbol, comes to describe the reality of its essence and self. In such manner, the article lays open the opinions that various currents of thought have held regarding the discursive construction —or deconstruction— of the subject in feminism. The author is an advocate of its unity and full significance, and of a more coherent policy that allows for the theoretical and practical construction of feminism's —and of women's— identity.

El feminismo y su sujeto: algunos lineamientos del debate

El feminismo, en el actual cambio de siglo, ha llegado a abarcar un gran espectro de diversos discursos mutuamente ligados sobre relaciones de poder arraigadas en complejos, entrecruzados y a menudo antagónicos ejes de diferencia (sexual, de género, raza, clase, tercer mundo, lesbianos, etcétera, que dan por resultado una

** Traducción de Felipe Block y Cabrera

variedad de feminismos: cultural, humanista, marxista, socialista, posestructuralista, psicoanalítico, radical, lesbiano, negro, tercermundista, ecofeminismo, y la lista podría extenderse indefinidamente). Esta heterogeneidad interna o, como dice Audre Lorde, “interdependencia de distintas fuerzas” —resultante de la conciencia de los feministas de su complicidad con las estructuras de opresión— no ha fracturado o debilitado, sin embargo, el mensaje político hacia la acción concertada en contra de la dominación. Más bien engloba su particular fuerza frente a otros movimientos/discursos sociales precisamente por la necesidad, que ha sentido históricamente, de construir articulaciones entre estas diversas sujeto-posiciones en pugna por efectos políticos específicos.

Puesto que es precisamente esta articulación lo que posibilita que el sujeto tenga cierto espacio como agente/resistencia, el feminismo ha sido seleccionado por varios teóricos masculinos (siguiendo los últimos avances teóricos posestructuralistas) como “el único o hasta suficiente discurso y práctica contestatarios” en la teoría social actual (Smith, 1988: 154). Según Smith, al articular simultáneamente “heterogeneidad y singularidad”, el feminismo ha sido capaz de “producir una oposición concertada a opresiones materiales y definibles” (153). Pero lo irónico, sostendré, es que el feminismo ha logrado esto no por desplegar un sujeto construido por medio de una lógica posestructuralista solamente de negatividad (o aun parcialmente).¹ Al contrario, el éxito que Smith, y otros hombres en el feminismo, acertadamente confieren a la fuerza política del feminismo se debe, en mi opinión, al hecho de que su proyecto ha sido, por un lado, la cons-

¹ Best y Kellner (1991) explican que los estructuralistas franceses (seguidos rápidamente por sus colegas posestructuralistas) veían los problemas sociales en términos de estructuras, reglas, códigos y sistemas lingüísticos y sociales, al tiempo que rechazaban el humanismo que antes había dado forma a las ciencias humanas y sociales. “La crítica estructuralista deseaba eliminar el concepto de sujeto que había dominado la tradición filosófica venida desde Descartes hasta Sartre. El sujeto se descartó, o descentró radicalmente, como sólo un efecto del lenguaje, cultura o el inconsciente, y fue privado de eficacia causal o creativa. El estructuralismo acentuó lo derivativo de la subjetividad y el significado en contraste con la primacía de los sistemas simbólicos, el inconsciente y las relaciones sociales. En este modelo, el significado no era la creación de las intenciones transparentes de un sujeto autónomo; el sujeto mismo estaba constituido por sus relaciones dentro del lenguaje, por lo que la subjetividad fue vista como construcción social y lingüística” (19). En otras palabras, de acuerdo con la teoría del significado de Saussure —la cual ve al lenguaje como un sistema de diferencias sin término positivo— ciertas variedades de posestructuralismo plantean que las identidades se establecen únicamente por medio de procesos de negación y diferenciación.

trucción de positividad para sus sujetos a partir de la materialidad de las experiencias femeninas de lo social, y por el otro —como observa Probyn (1993: 7-31)—, poner estas experiencias a funcionar teóricamente. Contra la disipación del sujeto dentro de las estructuras del lenguaje y el discurso, los feministas han asegurado que “la otra mujer existe en su lugar propio, como lo que es, independientemente de cualesquiera relaciones *específicas*” (Grossberg, 1996: 94; énfasis en el original).

En el presente ensayo, recorreré el estado disciplinario del sujeto en el feminismo, su identidad ambivalente, su capacidad como agente, especialmente en un momento en que el (no problemático) principio de negatividad se invoca para lanzar este sujeto a la acción. Yo sostendré que las condiciones de posibilidad que habilitan políticas y prácticas feministas se derivan de *positividades* inherentes en la paradójica posición que ocupa su sujeto, tanto en discursos/representaciones como en luchas sociales en general. Alegaré que acentuar dichas positividades, que (in)forman al sujeto feminista, nos aleja también de un enfoque exclusivamente textual o lingüístico de los dilemas de subjetividad e identidad.

De metafísica negativa a positividad política

Intelectuales masculinos en círculos posmodernos han colocado, siguiendo una “lógica feminocéntrica” (Jardine, 1988: 184), la figura de Mujer —como negatividad, ausencia y falta— para descentrarse a sí mismos de las certezas de las definiciones logocéntricas de identidad (Probyn, 1993: 49-52). Al escribir sobre el lugar que ocupa la figura de lo femenino en los textos filosóficos masculinos de Francia (Lacan, Derrida, Deleuze), Jardine afirma que:

para Derrida la interrogante sobre cómo podría la mujer obtener la calidad de sujeto, escribir textos perdurables o adquirir un sello propio, son las preguntas equivocadas —preguntas eminentemente falocéntricas. Más bien es *mujer* lo que debe liberarse de sus ataduras metafísicas y es el escribir, como una “operación femenina”, lo que puede subvertir la historia de esa metafísica. Los atributos del escrito son los atributos de

“mujer” —aquello que perturba al sujeto, dialéctica y verdad es femenino en su esencia. Mujer es siempre, vía Derrida, aquello que llama al Hombre, aquello que lo cuestiona (183).

Según Teresa de Lauretis (1987), cuando los posestructuralistas franceses masculinos ven la feminidad como una figura meramente textual (Derrida), como un cuerpo de difusos placeres (Foucault), como superficies investidas libidinalmente, o como un cuerpo-sitio de afectividad no diferenciada y por lo tanto libre de autorrepresentación y constricciones de identidad (Deleuze), no están logrando nada más que simplemente “reposicionar la subjetividad femenina en el sujeto masculino” (23-24). Según De Lauretis,

sólo mediante la negación de la diferencia sexual (y de género) como componentes de subjetividad en mujeres reales, y por lo tanto negando la historia de opresión política y resistencia de la mujer, así como la contribución epistemológica del feminismo a la redefinición de subjetividad y sociabilidad, pueden los filósofos ver en “la mujer” el privilegiado depósito del “futuro de la humanidad” (24).

Algo similar hace Probyn, quien agudamente nos recuerda en su devastadora discusión de hombres-en-el-feminismo, que uno de los efectos más dañinos de tales usos del feminismo, a pesar de los aparentemente bien intencionados hombres franceses, resulta ser, nuevamente, la reinscripción de lo femenino como lo Otro (1993: 32-57).² Dadas las connotaciones históricas de lo femenino (“¿a qué grado po-

² A pesar de las apropiaciones masculinas de lo femenino con objeto de reinscribir al sujeto masculino en forma universal excluyendo a la mujer, desear totalmente su contribución es similar a tirar al bebé con el agua del baño. La contribución de estos autores masculinos para deconstruir el feminismo, por ejemplo, no puede subestimarse. Como Leslie Rabin (1988) señala, varios feministas han utilizado conceptos y estrategias deconstructivistas para (re)enfocar asuntos de identidad de género, escritos, esencialismo, y una crítica de oposiciones binarias como masculino/femenino, entre otros. La preocupación de los feministas es que, como señala Rabin al examinar el trabajo de Chodorow como ejemplo de prácticas deconstructivistas, en instituciones académicas de Estados Unidos, donde tanto los conceptos teóricos que se encuentran en las teorías deconstructivistas y otras teorías posestructuralistas masculinas son altamente apreciados, esos “descubrimientos paralelos desarrollados en la teoría feminista pero incrustados en un código distinto y, más pertinentemente, escritos por mujeres, pasan desapercibidos y son desconocidos” (17).

demos hablar de ‘mujer’ *sin* referirnos a la hembra biológica?” Jardine, 1998: 43), su utilización no ha alterado

la base sobre la cual históricamente han hablado los hombres. La figura de lo femenino silencia a las mujeres y le proporciona a los hombres aún más que decir y un cómodo lugar desde donde hablar. [Más aún, la figura de lo femenino no ha permitido a] feministas articular experiencias históricas y materiales de las mujeres como puntos de partida del discurso (Probyn, 1993: 51).

Feministas, en un movimiento teórico de radical oposición —pero informados por posestructuralistas similares— han luchado para establecer y validar la categoría “mujer” como persona y como signo. Al hacerlo, no están construyendo aún otra subjetividad esencial solamente porque, bajo el patriarcado, nunca se le ha permitido a mujer la categoría de sujeto. Por lo tanto, apelar a la positividad de la identidad “mujer”, como Smith y otros perspicazmente lo expresan, es ya una forma de transgresión. Más aún, estas vindicaciones tienen también el efecto de una contradicción, puesto que la posición-sujeto de mujer —toda vez que sólo puede ser representada dentro de la economía simbólica dominante— ya ha sido definida por el patriarcado como el lugar del “otro”. En otras palabras, ella es “irrepresentable excepto como representación” (De Lauretis, 1987: 20), existente en un constante ir y venir entre mujer como signo y mujeres como “sujetos de ‘relaciones verdaderas’” (10). Aquí se encuentra la doble visión del feminismo. Su sujeto, lejos de ser sólo una metáfora o un asunto de mera diferencia, existe tanto dentro como fuera de la ideología de género, en un espacio que, usando la terminología del cine, De Lauretis llama “fuera de cuadro”. Esto no quiere decir que exista fuera de los discursos y representaciones, como en el mundo “real”; más bien, como en el ejemplo del cuadro cinematográfico, este espacio, aunque no visible, sin embargo “se infiere de lo que nos muestra el cuadro” (26) existente junto a él. Como continúa De Lauretis, este movimiento de entrar y salir de representación/discurso

es un movimiento entre el espacio (representado) discursivo de las posiciones proporcionadas por discursos hegemónicos y el

espacio fuera de cuadro, la otra parte, de aquellos discursos: esos otros espacios tanto discursivos como sociales existentes, desde que las prácticas feministas los han (re)construido, en las márgenes (o “entre líneas”, o “contra el hilo”) de discursos hegemónicos y en los intersticios de instituciones, en contra-prácticas y nuevas formas de comunidad. Estas dos clases de espacio ni están en contraposición entre sí mismas ni están eslabonadas a lo largo de una cadena de significación, pero coexisten concurrentemente y en contradicción. El movimiento entre ellas, por lo tanto, no es de una dialéctica, de integración, de una combinatoria, o de *différance*, sino la tensión de contradicción, multiplicidad y heteronomía (26).

Dicho movimiento, sostendré, no genera negatividad sino, por el contrario, una positividad que también le habla a las *inversiones* (materiales, emocionales, libidinales) propias del sujeto en posiciones discursivas para experimentar al mundo. Resumiendo mi argumento, la vitalidad atribuida hoy en día a la teoría feminista obtiene de su posición, al mismo tiempo dentro de discursos establecidos y fuera de, y en exceso de ellos, esto es, desde la posición de Mujer, ambas: como esencial y como radicalmente otra. El reconocimiento de este hecho —una percepción lograda por medio de la cotidiana práctica personal y la micropolítica de las mujeres— confiere al sujeto una perspectiva “excéntrica”, menos pura, menos unificada, que concibe la identidad como “un lugar de múltiples, variables posiciones” en el panorama social, y la experiencia como “el resultado de un complejo racimo de determinaciones y luchas, un proceso de continua renegociación de presiones externas y resistencias internas” (De Lauretis, 1990: 137).

Como sugeriré más adelante, aterrizando su análisis de las prácticas y resistencias cotidianas de las mujeres en toda su especificidad histórica, el feminismo ha podido apelar a la categoría de mujer sin recaer en una posición nominalista.³ El forjar una identidad fija de género (“esencialismo estratégico” o una “idealización mínima”, con

³ Aquí nominalismo se refiere a que la visión de la categoría “mujer” es una fantasía, y que la tarea de la crítica feminista es develar esta fantasía. Como Derrida escribe en *Spurs*, mujer es “una no identidad, una no figura, un simulacro” (49). Para una mayor exploración de estas cuestiones, véase la discusión en Alcoff (1988) y la respuesta por De Lauretis (1989: 8-12).

el debido respeto a Gayatri Spivak [1985: 7]) continúa siendo un momento crucial —aun-que insuficiente, irritante y disputado— de un proyecto feminista mayor. Tan pronto como se congela el sujeto en una posición, es cuestionado por las exigencias mismas del campo social en el cual se sitúa. La insistencia en una especificidad femenina, según Naomi Schor (1989), permanece como una táctica contra la disipación de la mujer en la (in)diferencia perpetrada por algunos posestructuralistas (masculinos).

De hecho, esta estrategia constituye la condición de posibilidad del feminismo, haciéndola una de las más perceptivas e incisivas empresas, hablando teórica y políticamente, entre las luchas contemporáneas contra la sujeción, opresión y dominación. Ahora paso a un examen de los asuntos alrededor del esencialismo y el antiesencialismo que confrontan las políticas de identidad dentro del feminismo.

Feminismo y la política de identidad

Una forma de presentar la cuestión de identidad en relación con el sujeto en el feminismo es la de perseguir la controversia entre el esencialismo y sus colegas *vs.* el antiesencialismo. Después de ambas, la disputa de los posestructuralistas referente a nociones del sujeto y la agrupación por la deconstrucción de las categorías de identidad, algunos grupos feministas, temerosos de los peligros de los llamados de los esencialistas, desaprobaban cualquier referencia al término “mujer”, aunque sólo fuera con carácter provisional. Como explica Alcoff (1988), el intento mismo de aterrizar las políticas feministas en mujer se calificaba como “políticamente reaccionario y ontológicamente errado” (407), puesto que en última instancia se suscribía a una concepción humanista del centrado, unificado y auténtico individuo atado a su identidad esencial como mujer. Una forma de liberarse de las trampas del pensamiento esencialista consistía, para muchos posestructuralistas feministas, en asegurar la total diferencia por medio de una práctica feminista negativa (deconstructiva). Mujer se concebía como “lo que no puede ser algo que ni siquiera pertenece al orden de ser” (Kristeva, 1981: 137), una categoría vacía, una ficción, una identidad que no se podía determinar o asegurar. En

otras palabras, mujer se convirtió en una construcción discursiva que ayudaba a mantener relaciones de poder opresivo. Llevado a sus últimas consecuencias, tal escepticismo nominalista acabó celebrando —invocando el título del incisivo libro de Modleski— un “feminismo sin mujeres”. Enfrentándose a tal feminismo, Alcoff pregunta,

¿Qué podemos demandar en nombre de las mujeres si “mujeres” no existe y las demandas en su nombre simplemente refuerzan el mito de su existencia? ¿Cómo podemos hablar abiertamente contra el sexismo como perjudicial para los intereses de las mujeres si la categoría es una ficción? ¿Cómo podemos exigir la legalización del aborto, guarderías infantiles adecuadas o salarios basados en aptitud comparable sin invocar el concepto de “mujer”? (420)

Modleski (1991), temerosa de lo que ella interpreta como (inducido por hombres) borrar totalmente a la mujer nuevamente, declara un “*post mortem* del posfeminismo” y se prepara para la tarea de rescatar a la mujer para el feminismo.⁴ Según ella,

es... fácil ver por qué las teorías posestructuralistas han atraído a feministas. Puesto que el feminismo tiene mucho invertido en la creencia, articulada por vez primera por Simone de Beauvoir, de que una no *nace* mujer, una se *hace* mujer (ya que si esto *no* fuera el caso sería difícil imaginar el cambio social), pensadores como Lacan y Foucault han proporcionado las herramientas analíticas con las que la mujer puede empezar la ardua tarea de deshacerse como tal. Sin embargo, como los feministas crecientemente señalan, la alguna vez estimulante proposición de que no existe una naturaleza femenina “esencial” ha sido elaborada al punto en que hoy día a menudo se usa para ahuyentar a las “mujeres” de hacer *cualesquiera* generalizaciones sobre o reclamos políticos en nombre de un grupo llamado “mujeres” (15; énfasis en el original).

⁴ Suggerentemente, el libro de Tania Modleski está dedicado “a las mujeres”.

Además, los críticos de cualquier política sustentada en llamados a identidades (antiesencialistas) afirman que estas últimas han probado ser extremadamente inestables, frágiles y vulnerables para sostener cualquier clase de proyecto de emancipación política. Se arguye que una política de identidad tiende a compartimentar y objetivar el variado y contradictorio carácter de la experiencia en claras categorías como raza, género y sexualidad. Según Epstein, “también hace más difícil que la gente entienda su propia experiencia de manera compleja, que entienda que diferentes aspectos de identidad pueden tener distintos significados en momentos distintos o que puedan ser más o menos importantes en distintas etapas de la vida de la gente” (1991: 25-26).

El problema con las anteriores críticas, aunque pertinentes, es que están algo mal dirigidas. Su blanco es un nominalismo indefendible (y una visión de identidad monolítica y estática) que pocos de los así llamados feministas posestructuralistas quisieran suscribir. Los asuntos son más sutiles que como se han presentado en los debates sobre esencialismo y políticas de identidad. Debe recordarse que desafiar la coherencia y unidad de Mujer, o el poder explicativo de esta categoría —aun afirmar que es *en principio* una categoría vacía o una ficción— no le involucra a uno en “feminismo ginocidal”* (hasta Modleski, quien acuñó este término, está dispuesta a concederle varios puntos al antiesencialismo). Lo que simplemente se está postulando es, primero, que Mujer es una categoría construida histórica y heterogéneamente en una amplia gama de prácticas/discursos, y sobre la cual se predica el Movimiento de la Mujer. Como sugiere Rooney (1989: 232-234), los análisis y políticas feministas no pueden ser enfrentados a menos que uno esté situado “como una mujer”. Dado el contexto coyuntural junto con ciertas exigencias políticas, esta categoría es (y debe continuar siendo) desplegada para articular mujer políticamente. Tiene, sin embargo, diferentes temporalidades y densidades. Según Riley,

“mujeres” es históricamente, discursivamente construido, y siempre en relación con otras categorías que cambian en sí mismas; “mujeres” es una colectividad volátil en la cual personas femeninas pueden ser situadas en muchas formas, de tal ma-

* *Gynocidal feminism*, en el original en inglés (N. del t.).

nera que la aparente continuidad del sujeto de “mujeres” no es de fiar; “mujeres” es, tanto sincrónica como diacrónicamente, errático como colectividad, mientras que para el individuo “ser mujer” es también inconstante y no puede proporcionar una cimentación ontológica. Sin embargo, debe hacerse énfasis en que estas inestabilidades de la categoría son el *sine qua non* del feminismo, que de otra manera se perderían como objeto, desprovistas de una lucha y, en resumen, sin mucha vida (1988: 2).

Para Riley, entonces, declarar la inestabilidad semántica de “mujeres” no necesariamente lo “arroja a uno a un vago remolino de ser posengendrado, abandonando los filos del feminismo para celebrar el carnaval de sexualidades difusas y contingentes” (5) ; en lugar de ello, lo coloca a uno en el terreno de la formación de los discursos históricos, en donde la historia de una categoría tiene que ser entendida a la luz de la historia de muchas otras categorías (por ejemplo: clase, raza, etnia, sexualidad, nación, etcétera).

Un segundo punto que merece ser resaltado es que, afirmar que identidades son ficción o efectos del lenguaje (como gustan de hacer los deconstruccionistas) no lo induce a uno a abjurar de ninguna de las demandas de identidad y, por lo tanto, a apropiarse de políticas de identidad. Al contrario, da lugar a más políticas transformadoras puesto que, según Fuss (1989), concebir identidades como destructoras e inestables sería “militar en contra de la tendencia de borrar diferencias e inconsistencias en la producción de sujetos políticos estables” (104).

En una entrevista con Angela McRobbie, Spivak (1985) se refiere a las invocaciones públicas de mujer como “esencialismo positivo”, una posición que los feministas tienen que arriesgarse a tomar, aunque con una “conciencia de los límites de la (auto)situación individual-colectiva” para que pueda ser estratégicamente efectivo. Como ella nos recuerda, “esto ofrece un embate más práctico al posestructuralismo que el tipo de metafísica negativa que está nerviosa porque el esencialismo siempre está agazapado a la vuelta de la esquina” (7-8).⁵ Haciéndose eco de la preocupación de Spivak, Grosz

⁵ En otra entrevista, al enfrentar el problema de que el esencialismo estratégico se vuelva una trampa —esto es, el colapso de la diferencia entre esencialismo positivo y sustantivo—

sostiene que “usar” o no “usar” el esencialismo depende de cuidadosos cálculos políticos, no de una “certeza autoevidente” (1995: 57).⁶ Fuss (1989), en su todo incluyente y aguda discusión del esencialismo, advierte que puesto que “esencia” es un concepto resbaladizo, contingente y cambiante (esto es, no codificado monolíticamente), su uso como una estrategia políticamente progresiva o conservadora no dependerá fundamentalmente de aquellos valores intrínsecos asociados con el símbolo, sino de “*quién lo usa, cómo se extiende y dónde se concentran sus efectos*” (20; énfasis en el original). En otras palabras, impugnar cualquier uso del esencialismo como inherentemente reaccionario es “actuar como si el esencialismo tuviera esencia” (21).

Spivak nos alerta que la estrategia sólo funciona por medio de crítica o vigilancia persistente, “de otro modo [se] congela en algo como lo que usted llama una posición esencialista” (1989: 127). Expresando preocupación sobre cómo sus demandas hacia el esencialismo estratégico prendieron en lo que ella llama “una cultura personalista”, como las instituciones académicas estadounidenses, lo reconsidera advirtiendo que sus intereses ahora “como profesora, y en cierto modo como activista, son *construir por la diferencia*, en otras palabras, pensar en qué podríamos estar haciendo o diciendo estratégicamente, a veces tácticamente, dentro de una estructura institucional muy poderosa. Dada la manera en que estas cosas funcionan —la colaboración entre técnicas de conocimiento y estrategias de poder— y dónde estamos, mi proyecto es tomar en consideración el hecho de que, a pesar de mi benevolencia personal, estas cosas se toman como si fueran teorías, y por lo tanto una tiene que ser cuidadosa para ver que no fallen... Me parece que la vigilancia, lo que yo llamo *construir por la diferencia*, en lugar de mantenernos limpios siendo, lo que sea que signifique ser, una antiesencialista, ha adquirido para mí, a estas alturas, un énfasis mucho mayor” (128; mi énfasis). Rememorando a Derrida, Spivak recuerda a aquellos que adoptan la posición antiesencialista que “la crítica de la esencia *à la* deconstrucción procede en términos de la utilidad inevitable de algo que es muy peligroso. La crítica del esencialismo no debe verse como ser crítico en el coloquial sentido angloamericano de estar inclinado adversamente, sino como crítica en el fuerte sentido filosófico europeo, esto es, como un reconocimiento de su utilidad” (29-30). Kamuf, por otro lado, sostiene que el riesgo del esencialismo no representa riesgo alguno, pues trabaja como una “red de seguridad” contra los peligros de la deconstrucción: “Si se cae en la ‘esencia’ siempre se puede decir que fue por accidente” (citado en Fuss, 1989: 19). Finalmente, Butler (1993), criticando a Spivak, elige el concepto de “posicionalidad estratégica” [*strategic positionality*] en lugar de “esencialismo estratégico” para alertar sobre los peligros políticos de la utilización de símbolos de identidad. De acuerdo con ella, “al reconocer abiertamente la provisionalidad del símbolo (en lugar de su esencialismo estratégico), dicha identidad se puede convertir en un lugar de discusión y revisión, en verdad, tomar un conjunto de significados futuros que aquellos de nosotros que lo usamos ahora podríamos no ser capaces de prever” (19). El problema que yo veo con la crítica de Butler del esencialismo es que ella ve las categorías de identidad como fijas y monolíticas en extremo, en oposición a la fluidez y permeabilidad que vemos emerger en los escritos de un gran número de feministas de diversas razas, etnias, orientaciones sexuales y nacionalidades —en suma, de diversos hibridismos— que discutiré más adelante.

⁶ Grosz (1995) remarca la paradoja de la mujer —identificada por ambas, De Lauretis y Alcoff— en términos de un conflicto feminista entre las metas del rigor intelectual (anti-

Adoptando una posición similar al público reconocimiento por Spivak del esencialismo estratégico, Mouffe (1992) postula que la historia de la identificación del sujeto está primordialmente marcada por dos movimientos. El primero se refiere a la descentralización del sujeto para mostrar su *[her/his]* no fijeza *esencial* (como lo discutí al principio de este capítulo); el segundo movimiento consiste en la “institución de puntos nodales, fijaciones parciales que limitan el flujo del significado bajo el significante” (371). Este último movimiento se logra mediante prácticas articularias histórica, contingente y políticamente motivadas entre las varias posiciones que ocupa el sujeto para generar lo que ella llama “efectos totalizadores”:

Aunque no necesariamente existe una liga entre las distintas posiciones del sujeto, en el campo de la política siempre hay discursos que tratan de suministrar una articulación desde diferentes puntos. Por ello no hay posición del sujeto cuyas ligas con otros esté definitivamente asegurada y, por lo tanto, ninguna identidad social que se adquiriese total y permanentemente. Sin embargo, esto no quiere decir que no podamos retener nociones como “clase trabajadora”, “hombres”, “mujeres”, “negros” u otros significantes que se refieran a sujetos colectivos. Sin embargo, una vez que se ha desechado la existencia de una esencia común, su nivel debe concebirse en términos de lo que Wittgenstein denomina como “parecidos familiares” y su unidad debe verse como resultado de la parcial fijación de identidades por medio de la creación de puntos nodales (373).

La controversia bilateral alrededor de la categoría “mujer” parece, diría yo, estar creando un falso dilema: o postulamos una unidad preasignada de “mujeres”, o no puede haber bases para políticas

esencialismo) y las metas de las luchas políticas feministas contra la opresión (esencialismo estratégico). Rehusándose a ver estas opciones como las únicas disponibles, propone una reformulación de la liga tradicional entre teoría y práctica política “para que los criterios de evaluación intelectual sean más ‘politizados’ y las metas de la lucha política más ‘teorizadas’”. En otras palabras, para ella no existen posiciones políticas o teóricas impuras que los feministas asuman, puesto que todas las opciones están, finalmente, “atadas por las constricciones del poder patriarcal” (56).

feministas. Lo que se olvida, como señala Mouffe, es que negar la primera alternativa “no descarta la construcción de múltiples formas de unidad y acción común” (381). Sin importar las banderas esencialistas y antiesencialistas, la construcción de puntos nodales y fijaciones parciales permite establecer formas de identificación alrededor de la categoría “mujeres”. Tal vez debiera uno tomar lo que podría denominarse una posición esencialista antiesencialista (contraponiendo un término frente al otro para anularlos) en la que “mujer”, como nos recuerda Lauretis, ha permanecido hasta la fecha “más un proyecto que una descripción de la realidad existente” (1989: 5). Para Alcoff (1988), la salida del debate es definir “mujer como posicionalidad”, donde posición se refiere a una identidad políticamente asumida (que invariablemente está ligada a la ubicación de uno mismo —social, cultural, geográfica, económica, sexual, etcétera— en el sentido *politizado* del término) desde la cual se puede interpretar el mundo y en la cual nos podemos arraigar. Según Alcoff,

si combinamos el concepto de políticas de identidad con el concepto del sujeto como posicionalidad, podemos concebir un sujeto como no esencializado y emergente de una experiencia histórica y todavía retener nuestra capacidad política para tomar el género como un importante punto de partida. Así, podemos decir al mismo tiempo que el género no es natural, biológico, universal, ahistórico, o esencial y aun sostener que el género es relevante porque estamos tomando el género como una posición desde la cual podemos actuar políticamente (433).⁷

⁷ Abrevando del trabajo de Riley y De Lauretis, Alcoff toma “experiencia” como la categoría crucial por medio de la cual asir la producción de sujetos con género. Le permite a uno esencializar el género puesto que este último no se torna “un punto de partida en el sentido de ser algo determinado sino que, al contrario, es un postulado o constructor formalizable de manera no arbitraria por medio de una matriz de hábitos, prácticas y discursos. Además, es una interpretación de nuestra historia dentro de una constelación discursiva particular, una historia en la que somos tanto sujetos de, como sujetos a construcción social” (431). Kaplan (1996), por otra parte, le reprocha a Alcoff el quedarse corta al proporcionar una salida al concepto estático de identidad. En su opinión, Alcoff, aunque enfrascada en la crítica de identidad y la metafísica de presencia, ofrece a cambio un concepto de posicionalidad demasiado rígido y singular que acaba por minar la fuerza deconstructivista de su argumento.

Alcoff realza dos puntos relacionados con el concepto de mujer como posicionalidad. En primer lugar, es un término de relación y, en segundo, y de máxima importancia, las diferentes posiciones que ocupan las mujeres a través de los ejes de otras categorías sociales (raza, clase, sexual, etcétera) pueden utilizarse como una ubicación donde las mujeres se dediquen a la construcción, no únicamente descubrimiento, de significado. Es en este sentido como el concepto de posicionalidad evita la traicionera red del esencialismo. Más aún, toma en consideración el hecho de que otras identidades y relaciones sociales además del género puedan tener prioridad en formar la pluripregonada conciencia de las mujeres.⁸

Sin embargo, feministas adversas a las políticas de identidad y sus dificultades epistemológicas, sostienen que no siempre se encuentra disponible una posición política para aquellos grupos a los que históricamente se les ha negado acceso a un sentido de ser o identidad —o no tuvieron los medios para hacer visibles sus experiencias.⁹ Permanecen una vez más políticas externas, desautorizadas, “pues ser oprimido quiere decir ser deshabilitado, no sólo para atrapar una ‘identidad’, sino también para reclamarla” (Alarcón, 1990: 364). Una posible respuesta a tales críticas es reconcebir la identidad como aquello con lo que uno inicia (para acabar en otro lado) como una estrategia personal de supervivencia política, sin importar cuán múltiple, fluida y contradictoria sea la identidad. La identidad, por lo tanto, debe verse como algo por lo que se pugna

⁸ Como puntualiza Alarcón (1990) en su crítica de la epistemología desde el punto de vista de género de De Lauretis (que sostiene que “el sujeto femenino siempre se construye y define en género a partir del género” [1986: 14]), enfocarse sólo en el género como la categoría que unifica a todas las mujeres y formar su conciencia “cierra la ‘búsqueda de la solidaridad’ por medio de distintas formaciones políticas y la exploración de teorías alternativas del sujeto de la conciencia” (p. 364).

⁹ Laura Downs (1993) encara varias de las dificultades epistemológicas con las que se enfrentan las políticas de identidad. Además de aquellas mencionadas anteriormente en este capítulo, ella arguye que el conocimiento sustentado en una restringida noción de identidad descansa en la asunción de que “una identidad individual es coterminal con su identidad corporal”, por ende obstaculizando la posibilidad de conocer a través de límites corporales (417). Al discutir la obra de Jessica Benjamin, *The Bonds of Love*, Nueva York, Pantheon Books, 1988 y la de Carolyn Steedman, *Landscape for a Good Woman*, New Brunswick, Rutgers UP, 1987, Downs muestra cómo estas dos autoras se han abierto paso a través de los dilemas antes mencionados mediante el rescate del sujeto histórico de sus aisladas islas de experiencia como un ser conocedor capaz de conectar lenguaje y experiencia, identidad y diferencia en la construcción de nuevas clases de comunidades. Para una mayor evaluación de los “límites necesarios” de políticas de identidad, véase Butler (1993, 1990).

constantemente, no algo que simplemente nos fue concedido, en la construcción de “contigüidades transpersonales” (Cohen, 1991: 84-85).

Dicho esto, en la siguiente sección examinaré algunos ejemplos de la literatura feminista —especialmente aquella producida por mujeres tercermundistas, lesbianas y mujeres estadounidenses de color— para ver cómo las identidades pueden ser forjadas positivamente en los márgenes, los espacios fuera del cuadro, los intersticios de las estructuras/discursos dominantes. Además de llamar la atención respecto a *asuntos de ubicación* como otro motivo pivote constitutivo del terreno del sujeto (esto es, los lugares geopolíticos, semióticos, somáticos, psíquicos que ocupa el sujeto), estos ejemplos resaltan que para ser (des)ubicado en los márgenes se demanda del sujeto el desplazamiento de varias categorías epistemológicas —tales como hogar, comunidad, conocimientos, lenguaje común, etcétera— para que una identidad diferente y las políticas de diferencia puedan ser confeccionadas.

Teorizando subjetividades matizadas: hacia políticas de diferencia

En la literatura producida por sujetos situados en los diversos márgenes de las narraciones maestras occidentales, hay una profusión de escritos de la vida y otras formas de autobiografías y testimonios que realzan la construcción de un sentido de ser y mundanería emanada de las múltiples —a menudo contradictorias y conflictivas— posiciones de estos sujetos en las estructuras de opresión. Puesto que el campo de poder se configura por una variedad de sistemas de diferencia social, el debate sobre identidad invariablemente conduce a discusiones sobre el significado mismo de diferencia. El problema es cómo conceptualizar la diferencia —y junto con ella, subjetividades/identidades— de tal forma que se evite la trampa de la binariedad, por un lado, y de la seducción de los llamados posmodernos a la fragmentación y dispersión totales, por el otro. Para lograr lo anterior, necesitamos ciertamente una teoría de la diferencia “cuyas geometrías, paradigmas y lógica se desprendan de bina-

rios, dialécticas y modelos naturales/culturales de cualquier especie” (Haraway, 1991: 129).

Al discutir los debates feministas estadounidenses sobre la diferencia, desde finales de los sesenta hasta los noventa, Fraser (1996) identifica tres transiciones teóricas principales: primero, una noción de diferencia que descansa exclusivamente en “diferencia de género” (esto es, una que postula una laguna radical entre hombres y mujeres, y argumenta en favor de la primacía del dominio de género); segundo, cambios en los ochenta hacia un más elaborado punto de vista de diferencias existentes no solamente entre hombres y mujeres sino entre mujeres también (esto es, un enfoque nacido primordialmente entre lesbianas, mujeres de color y feministas tercermundistas radicadas en Estados Unidos como respuesta a la miopía generalizada de la corriente principal del feminismo blanco). El actual tercer enfoque seleccionado por Fraser, y que se construye a partir del anterior, pone de manifiesto “múltiples diferencias de intersección” entre y dentro de las mujeres (202). Uno de los principales factores que contribuyen a esta última tendencia ha sido el reconocimiento de que el campo social está fracturado por múltiples capas de subordinación (como raza, etnicidad, clase, orientación sexual, edad, religión, etcétera) que no pueden reducirse a opresión de género solamente. Estas capas de subordinación o ejes de diferencia se traslapan mutuamente y cada categoría tiene efectos articulatorios sobre las demás en contextos históricos y geográficos específicos, abriendo así posiciones que los sujetos ocupan en tanto se fijan programas teóricos y políticos. Este tercer método expande significativamente el concepto de género para concebirlo como parte de un conjunto heterogéneo de relaciones móviles, cambiantes y transformadoras. Butler (1990) hábilmente resume esta perspectiva de diferencia asentando que

si uno “es” una mujer, ciertamente eso no es lo único que uno es; el término no llega a ser exhaustivo, no porque una “persona” pregenerada trascienda los enseres específicos de su género, sino porque el género no siempre está constituido coherente o consistentemente en distintos contextos históricos, y porque el género interseca modalidades raciales, de clase, étnicas, sexuales y regionales de identidades constituidas discurs-

sivamente. Como resultado, se torna imposible separar “género” de las intersecciones políticas y culturales en las que invariablemente se produce y mantiene (3).

La formulación de Butler sugiere que, en lugar de colocar una categoría junto a las otras al dibujar bien graficadas cartografías del yo, es mejor visualizar una compleja intersección en la que varios vectores de diferencia constantemente se traslapan y desplazan unos a otros, abriendo espacios o intersticios intermedios en los cuales se coloca el sujeto, independientemente de qué tan provisionalmente. No obstante, en términos de discursos sobre la diferencia, se debe subrayar que dichos intersticios *no* deben permanecer solamente como espacios ontológicos, o abstracciones deconstructivistas, o símbolos de diferencia pura. Más bien, son producto de efectos materiales y simbólicos de desbalances históricos.¹⁰

Como en De Lauretis (1990), para Bhabha el sujeto que habita el mundo moderno de este fin de siglo siempre es “en exceso de la suma de las ‘partes’ de diferencia” (1994: 2). Instando al lector a alejarse de “las singularidades de ‘clase’ o ‘género’ como categorías conceptuales y organizacionales primarias”, Bhabha nos invita

a pensar más allá de los relatos de subjetividades originarias e iniciales y a concentrarnos en aquellos momentos o procesos que se producen al articular diferencias culturales. Estos espacios “intermedios” proporcionan el terreno para elaborar estrategias de individualidad singular, comunal, que inician nuevos símbolos de identidad y sitios innovadores de colaboración y contienda en el acto de definir la idea de la sociedad misma.

En consecuencia, para que la teoría feminista desenrede la articulación de la diferencia configurando intersticios, tiene que desplegar una heterogeneidad de métodos críticos que privilegien “análisis complejos con múltiples relaciones pero de enfoque local” de

¹⁰ R. Radhakrishnan (1989) nos recuerda con razón que “el apoyo por la deconstrucción de ‘diferencia pura’ le niega diferencia a los ingredientes mismos que constituyen ‘Diferencia’... Diferencias específicas como la diferencia feminista, la diferencia étnica, la diferencia del tercer mundo, etcétera, permanecen subtendidas, desmaterializadas y congeladas bajo la supremacía de Diferencia” (193).

la relación existente entre subjetividad y las matrices de dominación/subordinación (Frankenberg y Mani, 1993: 306). Para lograr eso, uno necesita enfocar el *concepto de ubicación* en las teorías feministas de identidad, diferencia y subjetividad de tal manera que, como feministas, podamos ser más responsables de las cosas que decimos y hacemos y por los lugares/posiciones desde donde las decimos y hacemos. Graficar ubicaciones, en especial aquellas zonas *intermedias* de enunciación, le proporcionará al teórico las herramientas necesarias para captar mejor “los *procesos* mediante los cuales se *crean* las diferencias más que en el reconocimiento y consolidación de identidades discretas, primordiales (Kaplan, 1996: 185).¹¹

La ubicación de la teoría y la teoría de la ubicación: algunas notas

El reto de teorizar la aparición de los intersticios o espacios *intermedios* alojando más identidades híbridas, estriba en encontrar lenguajes apropiados o tropos discursivos con los cuales representar o simbolizar las múltiples, cambiantes, conflictivas situaciones y experiencias del (ex/céntrico) sujeto. Por ejemplo, Bhabha utiliza el término “tercer espacio” para referirse a ese lugar productivo (o situación de umbral que elude cualquier política de polaridad) donde los sujetos no forjan identidades sino identificaciones —estas últimas señalando a “un proceso de identificarse con y por medio de otro objeto, un objeto de otredad, en cuyo punto [...] el sujeto mismo es siempre ambivalente por la intervención de esa otredad” (1990: 211).

Renato Rosaldo (1989), al escribir desde el campo de la antropología, utiliza la metáfora de la frontera para referirse a aquellas zonas —culturales, sociales, económicas, raciales, étnicas, de género, etcétera— que penetran cualquier clase de experiencia de la vida coti-

¹¹ Para una crítica de las nociones tripartitas de identidad como diferencia, fragmentación e hibridez, así como una explicación detallada de lógicas alternas de identidad (lógica de otredad, de productividad y de espacialidad), véase Grossberg (1996).

diana y desafían las rígidas dicotomías que ordenan la experiencia social y sus significados. Para Rosaldo, la idea posestructuralista de “sujetos situados”, que realzan la importancia del lugar desde donde se enuncian, finalmente revela que el objeto del examen antropológico ha sido siempre un sujeto conocedor e interpretador. Sus percepciones deben ser tomadas seriamente al articular otras formas de conocimiento relacionado.

La importancia de prestar una cuidadosa atención a la doble pregunta de ubicación y locución (pues le atañe tanto a sujetos como a teorías) no es, sin embargo, una reciente preocupación exclusiva de las epistemologías antropológicas o feministas. Participa de una larga herencia de tradiciones hermenéuticas tanto en las humanidades como en las ciencias sociales. Debates sobre la “sitialidad” del conocimiento han revelado que las *ubicaciones* de ambos, el observador y lo observado, sus inscripciones culturales, teóricas, de género, de clase y de raza, junto con ciertas normas disciplinarias, desempeñan un papel formativo en la construcción de cualquier conocimiento de lo real y de lo “otro”. Walter Mignolo (1996), en su discusión sobre el discurso colonial y poscolonial, explica perspicazmente la anterior afirmación asentando que cualquier conocimiento debe reconocerse como un diálogo entre una diversidad de *ubicaciones* de enunciación. Para él, “es tanto el decir (y el auditorio involucrado) como lo que se dice (y el mundo al que se refiere) lo que preserva o transforma la imagen de lo real construida por actos previos de decir y previos pronunciamientos” (128).

Aunque la contienda sobre el asunto de una política de ubicación puede rastrearse hasta las desavenencias relacionadas con la interpretación de textos, yo sostendría que es en el ámbito del teorizar feminista donde la problemática de la ubicación —junto con cuestiones de teoría crítica, práctica estética y conciencia política— se ha vuelto axiomática. Ha sido desplegada no sólo para medir el alcance de las categorías analíticas del feminismo, sino —lo más significativo— para calibrar su valencia política, esto es, el grado en el cual dichas categorías pueden o no intervenir en las estructuras de desigualdad social. En este sentido, ciertamente se puede hacer un paralelo entre el énfasis feminista sobre la ubicación y el privilegio por el conjuncionismo de complejos y localmente enfocados análisis de manera que se atrape la “efectiva pero no determinante rela-

ción entre sujetos y sus historias, una relación que es compleja, cambiante, pero no 'libre'" (Frankenberg y Mani, 1993: 306).¹²

El llamado de Cherríe Moraga para "teorizar en persona" representa, en mi opinión, uno de los muchos intentos recientes para llevar a un primer plano una política de ubicación que se mantenga alejada de la euforia posmoderna pluralista, neorrelativista, euforia en algunas variedades de feminismos, así como en algunas corrientes de teoría cultural. Otra falta en el retrato festivo de la heteroglosia radical del posmodernismo lo constituye el hecho de que ya estamos siempre situados distintamente en lugares de privilegio y opresión, y sólo podemos narrar desde nuestros particulares y ventajosos sitios (entendido aquí en ambos sentidos, el literal y el metafórico; esto es, desde una ubicación geográfica específica hasta una imaginaria ubicación política y mental). Para entender este lugar/sitio/ubicación en la totalidad de sus múltiples dimensiones requiere que sea historiado y politizado, para que la construcción e institucionalización de nuestras respectivas diferencias —junto con las prácticas políticas que las articulan— puedan ser mejor entendidas y, por qué no, tomadas con sumo interés.

A estas alturas, quisiera hacer tres observaciones relativas a la noción de lugar/ubicación como una categoría analítica y política. Lo primero y más importante: lugar no debiera entenderse como anclado exclusivamente en la ontología y la biología (ser una mujer no la convierte a una automáticamente en "una hermana en pugna"). Al contrario, la conciencia de nuestro lugar de enunciación emerge de reconocer que la experiencia concreta se torna un momento teórico crítico para estrategias en búsqueda de interrogar nuestras categorías analíticas junto con sus usos hegemónicos.¹³ Tal como sucede en el caso del concepto "experiencia", la noción lugar/ubicación no puede considerarse como algo real ni como algo abstracto de su materialidad. Como lo presenta Grossberg, dentro del campo de la subjetividad nuestra ubicación en posiciones particulares "habilita y constriñe las posibilidades de experiencia, de representar

¹² Para una mayor discusión sobre teoría de la articulación y conjunción, véanse Laclau y Mouffe (1985), Hall (1986) y Grossberg (1997, 1992).

¹³ Sobre el problema de cómo evitar la esencialización de la experiencia concreta, véanse Scott (1992), Probyn (1993), Mohanty (1993) y Costa (en prensa).

esas experiencias y de legitimar esas representaciones" (1996: 99). Sin embargo, a pesar de todo lo concreto que sea, nuestra ubicación se construye también por medio de relatos y deseos y debe percibirse como historia, no solamente como un espacio ya dado, perfilado por linderos naturales que cobijan nuestra legítima identidad.

Por ejemplo, para bell hooks,* el hogar —aparentemente el más seguro y fuertemente resguardado espacio de todos los lugares— nunca es una experiencia sin mediación (1990: 41-49). Sus significados varían de acuerdo a si uno está situado en la posición del colonizador o del colonizado. Más aún, con la descolonización, la experiencia de hogar también cambia. Por lo tanto, hogar no es sólo un lugar, sino múltiples ubicaciones de dispersión y fragmentación, y a veces nunca puede alcanzarse. Pertenece, añade bell hooks, a esas ficciones necesarias que edificamos para construir un sentido de pertenencia y para localizar nuestras identidades. Michèle le Doeuf, una filósofa feminista, arguyendo también que los lugares-hogar son siempre cambiantes, escribe que

nacé en casi todas partes, bajo el ahora resquebrajado cielo de los griegos, en los zuecos de un campesino bretón, en un teatro isabelino, en la destitución y hambrunas de mi abuela, y en la educación laica, obligatoria y gratuita que el Estado fue tan amable de poner a mi disposición, pero también en las rebeliones que eran sólo mías, en los golpes que les siguieron o precedieron, en la lúcida aflicción de Simone de Beauvoir y en la estufa de Descartes. Y hay más por venir (citado en Massey, 1994: 172).

Segundo, los sitios (sin importar cuán locales y diminutos sean) están sin remedio puntuados y fracturados por diferencias y múltiples tensiones, por contornos y fronteras que sobrepasan lógicas binarias de poder. Según Appadurai (1993), el estudio de la relación entre lo local y lo global requiere un modelo que realce ambas, conexiones y desuniones —esto es, los intersticios— entre el movi-

* El nombre de esta autora es deliberadamente escrito en minúsculas por Lima Costa en el original en todas las referencias que se hace a ella (N. del t.).

miento transnacional de gente, tecnologías, productos culturales y de un capital cada vez más heteroglósico, al tiempo que tome en consideración los distintos efectos que tales transformaciones puedan tener en varios niveles de lo local. Tal enfoque subraya el hecho de que la especificidad de lo local nunca es singular, sino múltiple, puesto que se construye con aquello que le es exterior. En otras palabras, es el efecto de interrelaciones entre lo local y los otros lugares más allá de ello (Massey, 1994: 146-173). Para ilustrar dichas interrelaciones deseo poner como ejemplo al artista México-norteamericano Guillermo Gómez-Peña quien, después de vivir un tiempo en la frontera Tijuana-San Diego, expresó su experiencia de estar en el intersticio (o en “la abertura entre dos mundos”) de la siguiente manera:

Hoy, ocho años después de mi partida, cuando me preguntan por mi nacionalidad o identidad étnica, no puedo contestar con una sola palabra, pues mi “identidad” ahora posee múltiples repertorios: soy un mexicano, pero también soy chicano y latinoamericano. En la frontera me dicen “chilango” o “mexiquillo”; en la capital, “pocho” o “norteño”, y en España “sudaca”.

Mi compañera Emily es anglo-italiana, pero habla español con acento argentino. Juntos vagamos por las ruinas de Babel que es nuestra postmodernidad americana (citado en Roger Rouse, 1991: 45).

Las palabras de Gómez-Peña captan precisamente lo que De Lauretis, Bhabha y un número de feministas/mujeres de color del tercer mundo están tratando de señalar: que la ubicación del sujeto es siempre el resultado de más de un proceso de separación y que ella/él generalmente ocupa más de un lugar simultáneamente en un eterno cruzar a través de varios *(b)orders*.¹⁴ Debiera añadirse que este movimiento es, por definición, político. De hecho, uno sólo necesita recordar la distinción de Bhabha entre ubicación política y poética. El exilio (el lugar de desplazamiento) y la frontera son

¹⁴ Tomo prestado de David Slater (1998) este uso muy sugerente del término “*(b)order*” para llamar la atención al hecho de que toda frontera también es un escenario de reglamentación y su aplicación. Se ha respetado la intención de la autora al usar el término acuñado que proyecta la idea de límite y orden que, por ser un juego de palabras, no tiene traducción al español. (N. del t.)

potentes tropos discursivos que intentan implicar la condición del sujeto posmoderno: nómada, foráneo, excéntrico, desplazado, descentrado. Sin embargo, ubicado tras movimientos trópicos —principalmente aquellos sobre la experiencia de desplazamiento— y entrelíneas de discursos sobre nomadismo, está la materialidad de las condiciones de desigualdad que levantan fronteras alrededor de sujetos, liberando a algunos y excluyendo a otros. Caren Kaplan (1996) ofrece una penetrante crítica del despliegue de ciertas figuras de desplazamiento —como el nómada, el inmigrante, el gitano— en algunas teorías posmodernas euroamericanas. Ella ve la figura del nómada como una metáfora altamente cargada que descansa en un modelo problemático de desterritorialización que no puede escapar al discurso colonial (pues “desterritorialización es siempre una reterritorialización, un aumento de territorio, una imperialización” [89]). Kaplan advierte además que volverse menor, nómada, esto es,

dejar ir prácticas e identidades privilegiadas, requiere emular las maneras y modos de los “otros” de la modernidad. Sin embargo, como todos los discursos imperialistas, estos espacios e identidades se producen por medio de imágenes (De Deleuze y Guattari); esto es, la producción de sitios de escape (de los excesos del capitalismo) o descolonización, pues el colonizador anuncia una clase de turismo teórico (88).

La frontera, el “tercer espacio” de Bhabha, a menudo debiera verse como el resultado de luchas materiales (pobreza, racismo, homofobia, sexismo, etcétera), y menos como consecuencia de inversiones psíquicas o el eterno hacer a un lado los significadores (lo que, finalmente, nos coloca en un espacio vacío). Por lo tanto, al resistir una demasiado abstracta y metaforizada idea de desplazamiento, y para devolver “la fuerza de confrontación del margen” (Richard, 1997: 58), necesitamos desarrollar una política de diferencia con objeto de que el lugar pueda recolocarse al desplazamiento (Bammer, 1994: xiv).

En la siguiente sección discutiré algunos ejemplos de concepciones alternas del sujeto complejamente situado que han aparecido en los escritos de algunas mujeres (de color, lesbianas, pobres, parias, etcétera) que, a pesar de diferencias significativas entre ellas, están sin

embargo situadas a lo largo de más de una matriz de exclusión. Exploraré las formas en que estos escritos politizan e historizan la relación entre ubicación y locución mediante el entretejido eficaz de una poética alterna y una política de desplazamiento. En estos escritos se muestra vigorosamente que el margen (y la marginación) son “más que una posición espacial”, son “un vector que define acceso, movilidad y las posibilidades de inversión” (Grossberg, 1996: 100).

Escribiendo el margen: auto/biografías en zonas fronterizas

*Soy una tortuga, doquiera que voy llevo mi “casa” a cuestas.
(Gloria Anzaldúa, Borderlands/La frontera)*

Los intentos más exitosos al teorizar cómo se construye la identificación a través de diferencias y como respuesta a opresiones materiales específicas, de manera que expanda o invente categorías de análisis, se puede encontrar en los escritos de aquellos que, o se explayan en una variedad de fronteras (incluyendo los relatos culturales dominantes), o han traspasado, o continuamente traspasan, (*b*)orders hacia territorios de diferencia, alterabilidad y otredad.

Yarbro-Bejarano, en su evaluación de la teorización formulada por Gloria Anzaldúa de una política de diferencia por medio de enmarcar a la nueva mestiza o frontera sujeto/conciencia —una conciencia creada por medio de escritos (basados en la memoria e historias personales)— señala cómo esta autora chicana llega a un sentido de la pluralidad del ser que arranca todo pensamiento dualista en favor de la ambigüedad y la contradicción. Sin embargo, como argumenta Chandra Mohanty, en los escritos de Anzaldúa (así como en los de otras mujeres chicanas), la frontera es una e históricamente específica, la frontera México-Estados Unidos. Según Mohanty, “a diferencia de una noción occidental posmodernista, de agencia y conciencia que a menudo anuncia el resquebrajamiento del sujeto y privilegia la multiplicidad en lo abstracto, [la de Anzaldúa] es una noción de agencia nacida de la historia y la geografía. Es una teorización de la materialidad y la política de las luchas cotidianas de

las chicanas" (1991: 37), que se muestra vívidamente en el pasaje siguiente escrito por Anzaldúa (1987):

Como *mestiza* no tengo país, mi tierra me echó; sin embargo todos los países son míos pues soy la hermana o amante potencial de toda mujer. (Como lesbiana no tengo raza, mi propia gente me desconoce; pero soy todas las razas porque hay lo raro de mí en todas las razas.) Soy acultural porque, como feminista, desafío las creencias colectivas cultural-religiosas machistas de los indo-hispanos y los anglos; pero soy culta porque participo en la creación de otra cultura, una nueva historia para explicar el mundo y nuestra participación en él, un nuevo sistema de valores con imágenes y símbolos que nos conectan entre nosotros mismos y al planeta. *Soy un amasamiento* de unión y juntura que no sólo ha producido una criatura de la oscuridad y una criatura de la luz, sino también una criatura que cuestiona las definiciones de luz y oscuridad y les da nuevos significados (80-81).

En su ensayo autobiográfico, "La prieta", explica que su propio ser está definido por la contradicción; Anzaldúa escribe,

Soy un puente mecido por el viento, una encrucijada habitada por remolinos. Gloria la facilitadora, Gloria la mediadora cabalgando los muros entre abismos. "Tu lealtad es para La Raza, el Movimiento Chicano", dicen los miembros de mi raza. "Tu lealtad es para el Tercer Mundo", dicen mis amigos Negros y Asiáticos. "Tu lealtad es para tu género, las mujeres", dicen las feministas. Y luego está mi lealtad al movimiento *gay*, a la revolución socialista, a la Nueva Era, a la magia y lo oculto. Y está mi afinidad a la literatura, al mundo del artista. ¿Qué soy? Una *lesbiana feminista del tercer mundo con tendencias marxistas y místicas*. Me desmenuzarían en pequeños fragmentos y etiquetarían cada parte.

¿Dicen que mi nombre es ambivalencia? Piensen en mí como Shiva, un cuerpo de múltiples brazos y piernas con un pie en tierra café, uno en blanca, uno en la sociedad tradicional, uno en el mundo *gay*, el mundo del hombre, el de las mujeres, una

extremidad en el mundo literario, otra en la clase trabajadora, el socialista, los mundos ocultos. Una especie de mujer araña colgada por una delgada hebra [...] ¿Qué, yo confundida? ¿Ambivalente? No es así. Sólo sus etiquetas me parten (1983: 205).¹⁵

Es importante remarcar que las invocaciones de mestiza hechas por Anzaldúa no recaen en una visión romántica del indigenismo originando el despliegue de una identidad chicana esencial. Más bien revela una conciencia de que el yo está formado por posiciones del sujeto que no se funden en una identidad unitaria sino que forman, en cambio, una unidad-en-diferencia. Su posición de sujeto mestizo es resultado de mezclar la multiplicidad (“una progenie híbrida”) para producir un impuro, no homogéneo “tercer término” yuxtapuesto sobre un “otro” indígena que es sólo uno de los componentes de esta oposicional —y específicamente chicana— ficción racial. La mestiza de Anzaldúa, en un constante cabalgar entre culturas (española, india), idiomas (español, inglés) y géneros (hombre y mujer en la hechura de lo raro), desaloja definiciones naturalizadoras de diferencias tanto de género como de raza, invocando en su lugar sus dimensiones políticas y subjetivas, así como su multiaccidentalidad. Lo raro, lo lesbiano, que no es ni lo uno ni lo otro, se convierte en un tercer género y en un “sujeto ex/céntrico”. Situado fuera del sistema conceptual en general (por medio de prácticas de políticas y desplazamiento personal a través de toda clase de fronteras), ella “excede los términos de su horizonte discursivo-conceptual” (De Lauretis, 1990: 143) hacia la construcción tanto de un sujeto no unitario como de unidades-en-diferencia/“contigüidades transpersonales” (Cohen, 1991: 84-85).

Otro ejemplo de deconstrucción y desestabilización de categorías de identidad que revelan su estado ficticio por medio de una lógica de exclusión es el ya canonizado relato autobiográfico de Minnie Bruce Pratt. Según una perceptiva lectura de Martin y Mohanty (1986), al narrar Pratt la trayectoria de su vida, construida mediante múlti-

¹⁵ Una interesante lectura de los textos de Anzaldúa y otras “mujeres de color” a la luz de la cuestión propuesta por Donna Haraway respecto a conocimientos situados para problematizar algunos de sus aspectos, puede encontrarse en María Cecilia McDowell dos Santos (1995). Yo tomé prestada la anterior cita de Anzaldúa de la fascinante discusión por Dos Santos.

ples desplazamientos (abandonó su sólida casa de clase media judía y su matrimonio heterosexual para convertirse en una lesbiana, no sólo por elección propia, sino también como resultado de posición política), cuestiona cualquier concepción unitaria de raza, comunidad y hogar para mostrar cómo estas categorías sociales están invariable y complejamente ocupadas con privilegios que las sustentan. Sus desplazamientos voluntarios revelaron la imposibilidad de un lugar seguro para el sujeto que elige, aunque a un costo enorme, cruzar fronteras socialmente instituidas con objeto de desalojar sus privilegios inherentes. Según bell hooks (1990), aunque el margen y la marginalidad pueden representar un espacio de abertura radical, nunca es territorio seguro puesto que generalmente lo cruzan el silencio y la privación. Sin embargo, el ensayo de Pratt también revela que allí esta ineludiblemente el lado productivo del margen.

Inscribir el lugar de enunciación de uno mientras se reconocen los múltiples procesos constitutivos de diferencias jerarquizadas es parte del proyecto crítico y estético de la escritora brasileña Clarice Lispector en su ampliamente aclamado relato de ficción *A hora da estrela*. Por medio de la construcción de una voz testimonial, Lispector, “transvestizada” en un personaje masculino, Rodrigo S. M., habla de las frágiles aventuras de Macabéa, una joven indigente del paupérrimo noreste de Brasil, que emigra a la megalópolis de São Paulo (“una ciudad toda hecha en su contra”) en busca de oportunidades. Mientras sigue a Macabéa por su triste y trágica vida cotidiana en São Paulo, Lispector lleva a un primer plano las contradicciones de clase, género y lugar (entre otros) que estructuran su relato. Pregunta a sus lectores, al principio de la historia, cómo pudo escribir sobre Macabéa, que nunca en su vida había comido otra cosa que pan y salchichas, mientras que ella (Lispector) ya había comido langosta. Al plantear esa pregunta crucial, al especificar metafóricamente la distancia entre langosta y salchichas, la autora se torna dolorosamente sabedora de las fracturas inherentes en la condición de las mujeres que crean, según Spivak, una inconmesurabilidad que solamente subrayará la (im)posibilidad de cualquier representación a través de las radicalmente distintas ubicaciones de la escritora y la subalterna. Como el narrador (Lispector/Rodrigo S. M.) mismo admite, “este libro es un silencio, este libro es una pregunta” (16). Según Franco (1992),

La pregunta es el reconocimiento de la ignorancia, de que existe algo fuera de la esfera del conocimiento del interlocutor, un algo que marca la diferencia de género sexual, diferencia de clase y etnia, diferencia entre metrópolis y periferia, entre el yo narradora y el yo lectora de estos textos (115).*

La voz testimonial intercalada en el relato de *A hora da estrela* contextualiza, por medio de paréntesis de la ubicación de enunciaci3n, las diferencias que separan a Rodrigo S. M./Lispector de Macab3a. Para percibir c3mo se producen diferencias como respuesta a las exigencias del campo social, necesitamos, por un lado (y como Lispector), prestar atenci3n a los distintos lugares que ocupamos en las variadas economías materiales y discursivas (políticas, culturales, sexuales, institucionales, etc3tera), así como de nuestra complicidad con dichos locales. Para lograr esto, por otro lado, necesitamos “desaprender nuestro privilegio” (Spivak, 1990: 42) cuando nos enfrascamos en la tarea de traducci3n cultural (o, puesto de manera distinta, cuando representamos al subalterno). En forma figurativa, esto es lo que hace Rodrigo S.M./Lispector cuando él/ella escribe que

[p]ara falar da moça [Macab3a] tenho que não fazer a barba durante dias e adquirir olheiras escuras por dormir pouco, só cochilar de pura exaust3o, sou um trabalhador manual. Além de vestir-me com roupa velha rasgada. Tudo isso para me pôr no nível da nordestina (25).

Tomando en consideraci3n las prácticas estéticas y críticas apuntalando los textos aquí examinados muy brevemente, se hace claro que es por medio de una política de ubicaci3n (y, en consecuencia, una política de situaci3n del sujeto) como las teorías feministas han inscrito históricamente su presencia en los debates contemporáneos acerca de (*b*)orders (geográficos, epistemológicos, sociales, económicos, libidinales, institucionales, lingüísticos y culturales) que se incrustan en las discusiones contemporáneas acerca de la construcci3n/desconstrucci3n del sujeto. Si, como los derridarianos han

* Texto en español en el original. (N. del t.).

señalado, lo que se dice es un efecto de lo que no se dice —esto es, de lo que se ha borrado, la calca, para que algo pueda ser dicho—, está también enmarcado por el lugar (y por las ausencias en él) desde donde se dice. En otras palabras, lo que decimos siempre está en contexto. Esto, afirmo, es el predicamento del feminismo.

Para evitar indiferencia a la diferencia (al bosquejar una teoría y política de diferencia), la cuestión de posición del sujeto hablante dentro de la teoría se torna de suma importancia, pues le permite construir nuevos lugares de enunciación que le propicien generar otras formas de ver y saber, a la vez que —y sumamente importante— aprender de la experiencia de aquellos que viven en otra parte.

Bibliografía

- Alarcón, Norma, "The Theoretical Subject(s) of this Bridge Called my Back and Anglo-american Feminism", en Gloria Anzaldúa (ed.), *Making Face, Making Soul/Haciendo caras*, San Francisco, Aunt Lute Books, 1990, pp. 356-369.
- Alcoff, Linda, "Cultural Feminism *versus* Poststructuralism: The Identity Crisis in Feminist Theory", *Signs* 13 (3), 1988, pp. 405-436.
- Anzaldúa, Gloria, *Borderlands/La frontera*, San Francisco, Aunt Lute Books, 1987.
- , "La prieta", en Cherríe Moraga y Gloria Anzaldúa (eds.), *This Bridge Called my Back: Writings by Radical Women of Color*, San Francisco, Aunt Lute Books, 1983, pp. 198-209.
- Bammer, Angelika, "Introduction", en Angelika Bammer (ed.), *Displacements: Cultural Identities in Question*, Bloomington, Indiana University Press, 1994, pp. xi-xxxi.
- Best, Steven y Douglas Kellner, *Postmodern Theory: Critical Interrogations*, Nueva York, The Guilford Press, 1991.
- Bhabha, Homi, *The Location of Culture*, Nueva York, Routledge, Londres, Lawrence and Wishart, 1994, pp. 207-221.
- , "Interview", en Jonathan Rutherford (ed.), *Identity: Community, Culture, Difference*, Londres, Lawrence and Wishart, 1990, pp. 207-221.
- Butler, Judith, *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of Sex*, Nueva York, Routledge, 1990.

-
-
- _____, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York, Routledge, 1990.
- Cohen, Ed, "Who Are 'We'? Gay Identity as Political (E)motion (A Theoretical Ruminaton)", en Diana Fuss (ed.), *Inside/Out: Lesbian Theories, Gay Theories*, Nueva York, Routledge, 1991, pp. 71-92.
- Costa, Claudia de Lima, "Being Here and Writing There: Gender and the Politics of Translation in a Brazilian Landscape", en prensa.
- Lauretis, Teresa de, "The Essense of the Triangle or, Taking the Risk of Essentialism Seriously: Feminist Theory in Italy, the U.S., and Britain", *Differences* 1(1), 1989, pp. 3-37.
- _____, *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*, Bloomington, Indiana University Press, 1987.
- _____, (ed.), *Feminist Studies/Critical Studies*, Bloomington, Indiana University Press, 1986.
- Downs, Laura, "If 'Woman' is just an Empty Category, then Why Am I Afraid to Walk Alone at Night? Identity Politics Meets the Postmodern Subject", *Comparative Studies in Society and History* 35(2), 1993, pp. 414-437.
- Epstein, Barbara, "'Political Correctness' and Collective Powerlessness", *Socialist Review* 21(3-4), 1991, pp. 13-35.
- Franco, Jean, "Si me permiten hablar: la lucha por el poder interpretativo", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 36, 1992, pp. 109-116.
- Frankenberg, Ruth y Lata Mani, "Crosscurrents, Crosstalk: Race, 'Postcoloniality' and the Politics of Location", *Cultural Studies* 7(2), 1993, pp. 292-310.
- Fraser, Nancy, "Equality, Difference, and Radical Democracy: The United States Feminist Debates Revisited", en David Trend (ed.), *Radical Democracy: Identity, Citizenship, and the State*, Nueva York, Routledge, 1996, pp. 196-208.
- Fuss, Diana, *Essentially Speaking: Feminism, Nature, and Difference*, Nueva York, Routledge, 1989.
- Grossberg, Lawrence, *Bringing it All Back Home: Essays on Cultural Studies*, Durham, Duke University Press, 1997.
- _____, "Identity and Cultural Studies: Is There All There Is?", en Stuart Hall y Paul Du Gay (eds.), *Questions of Cultural Identity*, Thousand Oaks, Sage Publications, 1996, pp. 87-107.

- _____, *We Gotta Get Out of This Place: Popular Conservatism and Postmodern Culture*, Nueva York, Routledge, 1992.
- Grosz, Elizabeth, *Space, Time, and Perversion: Essays on the Politics of Bodies*, Nueva York, Routledge, 1995.
- Hall, Stuart, "On Postmodernism and Articulation", interview *Journal of Communication Inquiry* 10(2), 1986, pp. 45-60.
- Haraway, Donna, *Siminas, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*, Nueva York, Routledge, 1991.
- _____, "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspectives", *Feminist Studies* 14(3), 1988, pp. 575-599.
- Hooks, Bell, *Yearning: Race, Gender and Cultural Politics*, Boston, South End Press, 1990.
- Kaplan, Caren, *Questions of Travel: Postmodern Discourses of Displacement*, Durham, Duke University Press, 1996.
- Kristeva, Julia, "Woman Can Never be Defined", en Elaine Marks e Isabelle de Courtivron (eds.), *New French Feminisms*, Nueva York, Schocken, 1981, pp. 137-141.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mauffe, *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, Verso, 1985.
- Lispector, Clarice, *A hora da estrela*, Río de Janeiro, José Olympio Editora, 1981.
- Martin, Bidy y Chandra T. Mohanty, "Feminist Politics: What's Home Got to Do With it?", en Teresa de Lauretis (ed.), *Feminist Studies/Critical Studies*, Bloomington, Indiana University Press, 1986, pp. 191-212.
- Massey, Doreen, *Space, Place, and Gender*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1994.
- Modleski, Tania, *Feminism without Women: Culture and Criticism in a "Postfeminist" Age*, Nueva York, Routledge, 1991.
- Mohanty, Chandra T., "Introduction", en Chandra T. Mohanty, Ann Russo y Lourdes Torres (eds.), *Third World Women and the Politics of Feminism*, Bloomington, Indiana University Press, 1991, pp. 1-50.
- Mohanty, Satya P., "The Epistemic Status of Cultural Identity: on Beloved and the Postcolonial Condition", *Cultural Critique* 24, 1993, pp. 41-80.
- Mouffe, Chantal, "Feminism, Citizenship, and Radical Democratic

-
- Politics”, en Judith Butler y Joan Scott (eds.), *Feminists Theorize the Political*, Nueva York, Routledge, 1992, pp. 369-384.
- Probyn, Elspeth, *Sexing the Self: Gendered Positions in Cultural Studies*, Nueva York, Routledge, 1993.
- Rabine, Leslie, “A Feminist Politics of Non-Identity”, *Feminist Studies* 14(1), 1988, pp. 11-31.